

Amigos, leyendas, vino y la promesa de regresar

Salimos de la Patagonia con la sensación segura de que no era una despedida para siempre y que algún día volveríamos. Después de todo, habíamos comido el calafate; según la leyenda, quien coma la fruta, está destinado a regresar. Así que dejamos el calafate de la Patagonia en busca de las uvas Mendoza.



El camino hacia Mendoza se extendía ante nosotros con hermosos colores otoñales. El paisaje alternaba con cada giro, las montañas cambiaban, algunas tenían pliegues suaves, otras ásperas y puntudas, y sus colores pasaban del verde al dorado y al rojo.



Nuestra primera parada fue Malargüe, un pueblo tranquilo que sirve de puerta de entrada a uno de los paisajes más inusuales de Argentina: la Reserva Provincial de La Payunia. A menudo llamada la "selva negra", es un vasto campo volcánico hogar de más de 800 volcanes, una de las mayores concentraciones del mundo. El suelo aquí cuenta una historia escrita con fuego: antiguas erupciones derramaron ríos de lava por la tierra, que se enfriaron en basalto oscuro, dando al terreno su marcado tono negro. Se siente casi lunar y, aunque ya habíamos estado en partes de la luna en Atacama, especialmente el valle lunar, esto se sentía diferente.

A diferencia de “la luna” en Atacama, es necesario visitar Payunia con guías. Como tal, habíamos planeado una visita guiada, pero tras la nevada la visita fue cancelada. Mientras intentábamos movernos por la zona por nuestra cuenta, pronto quedó claro por qué se necesitan guías. El terreno no ofrece indicaciones. No hay caminos claros, solo huellas tenues. Curiosamente, la cancelación se sintió como un pequeño regalo. Nos hizo bajar la velocidad y nos mantuvo exactamente donde necesitábamos estar, explorando por nuestra cuenta. Sí, exploramos un poco con la ayuda de TL, lo justo para sentir la esencia del lugar.

Bajo cielos despejados, fuimos a la Caverna de las Brujas. El nombre viene envuelto en leyenda. Se dice que, durante la época de la conquista española, dos mujeres indígenas que habían estado cautivas escaparon y encontraron refugio en estas cuevas. Se escondieron allí, saliendo solo de noche en busca de comida. Una tarde, mientras otros se acercaban a la caverna, vieron lechuzas emergiendo de sus profundidades. Confundiendo las siluetas con algo sobrenatural, creyeron que la cueva estaba habitada por brujas, y el nombre permaneció.

En su interior, la cueva cuenta una historia diferente, moldeada no por el mito sino por el tiempo. Formada a lo largo de millones de años, sus pasillos de piedra caliza se retuercen y estrechan, abriéndose en cámaras llenas de estalactitas y estalagmitas que parecen casi esculpidas con intención. Los depósitos minerales han creado formaciones delicadas. Nuestro guía, que tiene la misma imaginación que nosotros, señaló varias formaciones dentro de la cueva: un cerdo, empanadas, un águila, un mico, entre otras. Si dejas volar tu imaginación, nunca te quedarás sin cosas que ver en este lugar encantado. De hecho, podrías crear tu propio cuento de hadas con brujas y todo.



Justo fuera de la caverna, pudimos ver claramente el volcán Tupungato. Con una altura de más de 6.570 metros, Tupungato se encuentra en la frontera con Chile y es uno de los picos más altos de los Andes. Y así continuamos hacia el norte en dirección a Mendoza, pero primero nos desviamos hacia Las Leñas, uno de los lugares de esquí más grandes y famosos de Argentina. Aunque solo era el comienzo del otoño, la nieve fresca ya había salpicado el suelo y los picos de las montañas, dando a todo el valle la sensación de que la temporada de esquí está a punto de comenzar. Curiosamente, Las Leñas se encuentra en la misma latitud que Oklahoma City, pero a principios de otoño, el calendario argentino anunciaba ya el invierno.



Mientras intentábamos construir un muñeco de nieve, nos encontramos con un grupo de argentinos que viajaban en moto por las montañas. Como en muchos encuentros en la carretera, la conversación empezó de forma casual y rápidamente se convirtió en historias compartidas, recomendaciones y risas. Viven en Santa Fe, cerca de Rosario, ambas ciudades en la provincia de Santa Fe, pero nos informaron rápidamente de que, aunque Lionel Messi y Che Guevara son de Rosario, *el lugar* que hay que visitar en la provincia es en realidad Santa Fe. Observamos una vez más el ritual de la yerba mate y notamos algo más: la persona que lleva el termo es quien sirve al mate.

Dejando atrás la nieve y el frío, llegamos a Chacras de Coria, a 15 minutos en carro de la Plaza de la Independencia, en pleno corazón de la ciudad de Mendoza. Mendoza y sus alrededores nos recibieron con calles arboladas, amplios parques y un ritmo que se sentía animado, pero al mismo tiempo relajado.

Mientras estábamos en Mendoza, volvimos a conectar con Yoan, un amigo francés que Scott había conocido meses antes en Cartagena mientras tomaba clases de español. Aunque habíamos mantenido el contacto con el tiempo, nunca hubo realmente la expectativa de que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Su viaje era completamente diferente al nuestro, siguiendo su propio ritmo y dirección, y las trayectorias de nuestros viajes nunca parecían a punto de volver a coincidir. Y, sin embargo, de alguna manera, lo hicieron.

Había algo increíblemente significativo al ver una cara familiar después de siete meses en la carretera. Viajar constantemente introduce a nuevas personas, nuevos lugares, nuevas experiencias, pero también conlleva una sensación efímera. Conoces a personas increíbles plenamente conscientes de que la mayoría de los encuentros pueden existir solo en ese breve capítulo.

En el lugar donde nos quedamos, la parrilla y el espacio exterior se convirtieron rápidamente en el centro de nuestras noches. Dos noches con Yoan se convirtieron en un auténtico asado argentino, con buen vino, carne cocida lentamente y el tipo de conversación que se extiende sin esfuerzo hasta altas horas de la noche. Luego, cambiando humo y fuego por ruedas y viñedos, una tarde se convirtió en *vélo et vin*: montando en bicicleta por bodegas cercanas degustando la región de Maipú en Mendoza.



Más allá de la ciudad, el paisaje llamaba y accedimos. En un domingo soleado, mientras TL ascendía a los Andes, el paisaje se fue volviendo gradualmente más seco y dramático, y de repente, tras atravesar un túnel, apareció Lago Portrerillos, un impresionante tramo de agua turquesa alimentada por el deshielo que descendía de los Andes.

Más adentro de los Andes nos detuvimos en Puente del Inca, una de las formaciones geológicas más inusuales de Argentina. A primera vista, parece más imaginado que natural. El puente se arquea sobre el río en capas teñidas por minerales transportados a través de las aguas termales que lo subyacen.



Existen varias leyendas que rodean el lugar, incluyendo relatos relacionados con el Imperio Inca, que en su día se extendió hasta esta región. Según una leyenda, los guerreros incas formaron un puente humano sobre el río para que su emperador enfermo pudiera llegar a las aguas termales curativas, y cuando se levantaron de nuevo, se habían convertido en piedra, creando el puente mismo. Hoy en día, el antiguo hotel termal abandonado cercano le da al lugar una atmósfera casi fantasmal.

Seguimos subiendo hasta llegar al Parque Provincial Aconcagua. Con 6.962 metros, el Aconcagua es la montaña más alta del hemisferio occidental y, a diferencia de las montañas ásperas e inclinadas de la Patagonia, su presencia se siente diferente, más amplia, más tranquila, casi solemne. Las nubes se movían lentamente por la cima, envolviendo y desenrollando la cima. En ocasiones, el viento arrastraba nieve desde la cima, creando largas columnas blancas que flotaban por el cielo como humo

o, más bien, como "viento blanco". Pasamos la tarde del domingo haciendo senderismo y disfrutando de las vistas increíbles.



Y hablando de domingo, mientras nos alojamos en Chacras de Coria, habíamos oído que los domingos por la noche, después de misa, la gente local se reúne en la plaza, si el tiempo lo permite, o en el teatro municipal para bailar tango. Hacía frío y antes de darnos cuenta, estábamos dentro del teatro. El lugar transmitía un tranquilo sentido de propósito, como si todos hubieran llegado allí por algo más profundo que simplemente bailar. La mayoría vestían elegantemente, mujeres con tacones altos, hombres con camisas planchadas y zapatos pulidos, mientras que algunos otros venían de forma más informal. Sin embargo, en el momento en que empezó la música, esas diferencias desaparecieron y todos parecían igualmente dominados por el ritmo.

Lo que más nos impactó fue el sentido de comunidad. Era evidente que mucha gente no se conocía, pero la noche transcurrió con un sentido de conexión arraigado en la tradición. Un hombre cruzaba la sala hacia otra mesa, invitaba a una mujer a bailar, y momentos después los dos cruzaban la sala con una armonía increíble, como si hubieran pasado años bailando juntos en vez de encontrarse solo segundos antes. No había nada de espectáculo – esto no era un tango montado para turistas bajo luces dramáticas, era la vida cotidiana en un pueblo pequeño.

No bailamos tango, pero la música nos encontró en un día en el que habíamos decidido hacer lo que a menudo lleva a nuestras experiencias favoritas: andar sin mucho plan. Salimos caminando por las calles hacia una de las bodegas más grandes y conocidas de la zona, pero en algún momento del camino, un lugar más pequeño llamó nuestra atención, Cavas Don Guillermo.

Una pequeña bodega con la puerta cerrada. Echamos un vistazo dentro para ver si había alguien cerca. Ese pequeño acto de curiosidad abrió la puerta a uno de nuestros recuerdos favoritos en Mendoza.

Dentro, conocimos a un hombre y a una joven que, más tarde nos dimos cuenta, eran el dueño y su hija. Preguntamos si quizá podríamos hacer una cata o al menos tomar una copa de vino. Nos explicaron que

la bodega normalmente estaba reservada para eventos privados y cerraba al público ese día. No obstante, con esa calidez común en Argentina, dijeron que éramos bienvenidos a sentarnos y disfrutar de una copa.

Notamos varias salas privadas que ya estaban llenas de gente. Fuera, bajo el suave sol otoñal, pusieron una mesa para nosotros y mencionaron casualmente que habría un show más tarde. Pedimos dos copas de vino. En su lugar, trajeron una botella entera.



Cuando nos reímos y explicamos que solo queríamos una copa cada uno, la muchacha sonrió y dijo: "Bueno... Eso son dos copas muy grandes."

Luego llegó la comida. Primero, una enorme variedad de *fiambres* (embutidos), aceitunas, verduras marinadas, garbanzos y quesos, incluyendo un queso pesto con en el que todavía soñamos. Ya era suficiente para convertirse en comida. Seguimos insistiendo en que era demasiada comida, pero nuestros comentarios fueron ignorados.

"Perfecto", respondió la muchacha. "Comemos mucho aquí. Traeremos empanadas."

Les pedimos que no lo hicieran, pero aun así trajeron cuatro. ¡Y estaban deliciosas!

A medida que el sol empezaba a ponerse, llegaron músicos locales y una mujer empezó a cantar música de folklor que flotaba por el patio. Las familias aplaudieron, se levantaron copas de vino, los niños pasearon entre las mesas y, poco a poco, nos dimos cuenta de que habíamos entrado sin querer en una celebración del Día del Trabajo, el 1 de mayo.



Lo que empezó como una parada rápida para tomar una copa de vino se convirtió en toda una tarde integrada en la vida local. Sin reservas. Sin expectativas. Solo generosidad, música, risas y la sensación de que, de alguna manera, nos habían dado la bienvenida a algo profundamente auténtico simplemente porque teníamos la curiosidad suficiente como para abrir una puerta.

Y cuando finalmente llegó la cuenta, después de la botella de vino... o dos, la comida interminable y la música en directo, nos preguntamos cuánto habíamos gastado porque nunca vimos un menú. Sumaba unos veinticinco dólares... ¡Sí, has leído bien, veinticinco dólares!

Cuando nuestros días en Mendoza llegaban a su fin, recibimos otra llamada desde las montañas. Seguimos nuestro corazón y nos dirigimos hacia la Reserva Natural de Villavicencio, una reserva conocida por sus dramáticas carreteras sinuosas que serpentean por los Andes en curvas interminables y el histórico Hotel Villavicencio, un hotel abandonado del siglo XX que surge de la naturaleza.



En cuanto llegamos, volvió una sensación familiar de anticipación. Al igual que en Torres del Paine, los carteles advertían sobre pumas. A medida que la tarde se suavizaba dando paso al atardecer, empezamos a notar los mismos patrones que habíamos aprendido a leer antes. Los guanacos avanzaban lentamente cuesta arriba, los dominantes posicionándose a lo largo de las crestas, alerta y vigilantes.

Casi nos convencimos de que no iba a pasar. Ver un puma en libertad es raro, una cuestión de tiempo, paciencia y suerte que se alinean por un breve momento. Al voltear, casi listos para irnos, un puma cruzó justo delante de nosotros, silencioso y tranquilo. Observamos desde una distancia cuidadosa cómo desaparecía entre la maleza y empezaba a alimentarse. El tiempo se paró en ese momento, y el recuerdo del encuentro permaneció mucho después de que la escena terminara con nosotros observándolo con nuestro dron.



Dejando a Mendoza, pero no la región vinícola, nos dirigimos al Valle de Uco, donde el paisaje se abre de nuevo a algo vasto y silenciosamente dramático. El propio Valle de Uco es casi mínimo, al menos a primera vista: viñedos, montañas y terrenos abiertos. Pero la simplicidad forma parte de su encanto. Nos alojamos en la bodega Domaine Bousquet, un lugar con su propia historia nacida en Francia. Los propietarios trajeron su tradición vinícola desde Carcasone, un pueblo que visitamos en el 2024. Esa conexión, inesperada y algo reciente, hizo que la experiencia se sintiera aún más personal. Lo que también hace único a Domaine Bousquet es su compromiso con ser una bodega 100% orgánica.

También visitamos Bodega La Azul, un lugar donde las copas nunca se quedaban vacías mucho tiempo, la música se colaba entre las mesas y cada plato llegaba con un acompañamiento de vinos que hacían que los sabores se sintieran aún más vivos, todo ello con el fondo de los Andes.

En algún momento entre platos y risas, vimos a una pareja acercarse sonriendo. Se presentaron como Marisol y Ezequiel, de visita desde Buenos Aires. Lo que nos contaron a continuación nos tomó de sorpresa. Nos habían estado tomando fotos discretamente desde la distancia, no por intrusión, sino porque estaban cautivados por lo que veían. Para ellos, parecíamos una pareja profundamente enamorada, completamente presentes, y querían compartir que acababan de comprometerse.



Algo en ese momento parecía un cuento de hadas: dos parejas, en diferentes momentos de sus historias, cruzándose sobre vino y la luz del sol. Hablamos, reímos, compartimos fragmentos de nuestros viajes, y lo que empezó como un encuentro fortuito se convirtió en algo que llevábamos con nosotros. Desde entonces, hemos mantenido el contacto, y ya se está formando un plan para reunirnos de nuevo cuando lleguemos a Buenos Aires.

Viajar tiene una forma de hacer eso. Te lanzas persiguiendo paisajes y, en algún momento, encuentras personas que se convierten en parte de la historia con la misma vivida.



Nuestra siguiente parada en la región vinícola argentina fue Zuccardi, donde nos encontramos con algo completamente diferente. La propia bodega se sentía arquitectónicamente conectada con las montañas. Eso no fue un error. La filosofía de Zuccardi es "vinos de la piedra". El concepto refleja su profundo enfoque en los suelos rocosos del valle de Uco y la creencia de que el terreno rico en minerales es fundamental para la identidad de sus vinos. Incluso el proceso de fermentación es fiel a su filosofía.

A diferencia de muchas bodegas que utilizan barriles (o barricas) de roble o tanques de acero inoxidable, Zuccardi emplea grandes recipientes de fermentación de concreto con forma casi de huevos gigantes. Era la primera vez que veíamos vino fermentando en concreto (hormigón en Argentina). La idea detrás de esto es fascinante. El concreto permite que pequeñas cantidades de oxígeno interactúen con el vino, como la madera, pero sin añadir los sabores amaderados o taninos que aportan los barriles de roble. El resultado es un vino que muchos creen que expresa el reflejo más puro posible de la uva y del propio terreno.



Cada bodega aborda la producción de forma diferente, moldeada por la historia familiar, la filosofía, el clima, el suelo e incluso la emoción. No es un proceso común. Cada decisión, desde cómo se cultivan

las uvas hasta cómo se envejece el vino, se siente intencional y artística. Recorrer las bodegas de Mendoza nos hizo darnos cuenta de que aquí el vino no se produce simplemente, más bien, se interpreta. Cada botella lleva una historia, y cada bodega tiene su propia para contar.

Y finalmente, llegó el momento de despedirnos de Mendoza. Nos fuimos con el corazón lleno, recuerdos maravillosos, nuevas amistades y una apreciación mucho más profunda por la cultura y los paisajes de Argentina. Así como se dice que la leyenda del calafate en la Patagonia garantiza tu regreso, no pudimos evitar preguntarnos si quizás las uvas de Mendoza llevan un poco de magia y leyenda similar, porque mientras nos alejábamos de los viñedos y los Andes se desvanecían poco a poco detrás de nosotros, ya sabíamos que esto no era un adiós para siempre.

21 de mayo del 2026

